

¿Existe una crisis en la Izquierda?

Pedro Celso Uchoa-C. Profesor e historiador brasileño. Profesor visitante del Programa de Posgrado de la Washington University. Profesor de Historia en la Universidad Federal Fluminense, Río de Janeiro. Dirigente del Partido Democrático de los Trabajadores (PDT).

Trataremos de sintetizar algunas de las cuestiones que nos parecen más relevantes. Comenzaremos por los conceptos que enuncian la problemática puesta en discusión:

Crisis. ¿Existe una crisis de la izquierda? ¿No estaba ella en crisis justamente en el período en que afirmaba que sólo existían "las crisis del capitalismo", dentro de esa visión economicista que le era tan propia? ¿No sería más adecuado el concepto de crisis para aplicarlo a aquella época en que casi unánimemente ella pensaba que poseía **La Verdad**, cuando estaba segura de conocer el futuro de la humanidad? (Entonces, como se decía con una buena dosis de ironía en Polonia, cuando yo estudiaba allí: "el futuro nosotros ya lo conocemos, es el pasado el que siempre esta cambiando").

Conocer el Bien y el Mal, reducir todos los problemas sociales a situaciones de clase, alinearse ciegamente a un mismo bando en política internacional, es decir, junto a la Unión Soviética, despojarse, en resumen, de cualquier veleidad crítica, ¿no es esto, precisamente, lo que caracteriza el verdadero síntoma de la crisis para un pensamiento y una acción que pretende ser de izquierda? Dentro de otra perspectiva, precisamente la que nos permite promover estas indagaciones, diríamos que si la izquierda se encuentra hoy en crisis, globalmente, ella ya estuvo en una crisis mucho peor. ¡Y por decenios!

Izquierda. ¡Cómo era de fácil conocer y catalogar quién era de izquierda en nuestros países! Bastaba estar identificado con un determinado tipo de socialismo. Hoy, afortunadamente esto se ha convertido en un asunto mucho más complejo. Nadie encontró, por ejemplo, que el Partido Socialista de Francia, el SFIO de Guy Mollet, era de izquierda en el momento de su frustrada tentativa de recuperar el Canal de Suez en 1956, mediante una invasión militar del Egipto. ¿Por qué, entonces, serían de izquierda fuerzas totalitarias que practican o apoyan, una política internacional de aplastar los anhelos de libertad de otros pueblos, en Polonia, en Afganistán, o en Eritrea?

Salir de la crisis, ser de izquierda es para nosotros superar la forma maniquea de dividir el mundo entre socialismo y capitalismo, entre Tercer Mundo y países desarrollados. Hoy, se trata principalmente de incorporar como criterio principal de crítica social para la acción, la separación entre fuerzas totalitarias y fuerzas de-

mocráticas. Y esta última visión del mundo, no es simétrica, obviamente, con las dos dicotomías mencionadas anteriormente.

Ciertos sectores de izquierda encuentran que las disquisiciones acerca de qué es ser de izquierda o qué es ser de derecha, son propias de quién ya dejó de ser de izquierda. Respondiendo, diríamos, que dada la historia del socialismo, no querer ocuparse de la cuestión democrática no señalar con claridad las fronteras entre el autoritarismo y la democracia, es indicio, seguramente de posiciones no democráticas. Y asumimos la posición política de que hoy la izquierda es democrática o no es más izquierda, ¿Es esto muy poco? Posiblemente, en especial para aquellos que tienen del socialismo una visión unívoca, y aún idílica. La búsqueda de la superación de esta crisis que tiene raíces lejanas y bien demarcadas, exige según nuestra opinión una profunda revaloración de la problemática relación democracia-socialismo.

América Latina. ¿Sería plenamente transferible el concepto de América Latina, de su referencia histórico-geográfica, al plano de lo político? ¿No habría una cierta dosis de simplismo en el querer hacer de las tradiciones políticas y culturales tan diversas, de tantos países, algo que pudiese ser comprendido bajo la denominación común de América Latina?

No nos parece que el "continente latinoamericano" sea una región de nuestro planeta que pueda servir para generalizaciones indiscriminadas, especialmente en el ámbito de lo político. Diríamos así mismo que esta tendencia a hacer comparaciones apresuradas entre las más diversas naciones que forman la América Latina, en lugar de ayudar a la comprensión de las más variadas realidades sociales que existen en el área, causa un gran perjuicio para el propio avance del conocimiento y de la acción transformadora. Creemos que impera una visión que debería ser más concreta sobre cada realidad nacional particular. Y aún peor, mistifica, pues bajo el concepto de América Latina pretende uniformar culturas y tradiciones políticas muy diferentes.

De hecho, así como no confundimos España con Suiza, Grecia con Suecia, o Portugal con Inglaterra y en general todos los países de Europa Occidental no hay razón para no ver la misma falta de similitudes políticas entre Brasil y Haití, entre México y Paraguay, o entre Nicaragua y Argentina, aunque todos estos países se encuentren en América Latina. ¿Sería este solo hecho geográfico razón suficiente para poder pensar en soluciones políticas que les fuesen comunes?

De la misma manera cuando introducimos criterios demasiado amplios, como el de subdesarrollo, las peculiaridades nacionales quedan inalcanzables. Y, en este caso, comparaciones más adecuadas pueden proporcionar mayores aproximaciones con países de África y de Asia, que con otras naciones existentes dentro de la propia América Latina. Ni siquiera el concepto de países latinos, permite generalizaciones abusivas ¿hasta que punto Bolivia o Perú son países latinos, si los con-

sideramos desde el punto de vista de la inmensa mayoría de su población? Y seguramente podemos afirmar que Jamaica o Guyana no son latinos...

De este modo, discutiré el tema dentro del espíritu que las observaciones anteriores procuraron brevemente explicitar (y estos comentarios iniciales sobre la temática del debate forman parte ya del centro mismo de mi respuesta). Una de las características del pensamiento de izquierda, si consideramos sus raíces históricas fue la de haber sido precisamente un pensamiento crítico. Por lo tanto, abrir discusión, sobre conceptos aceptados de una manera general, sin el mínimo de espíritu crítico, debería formar parte de una necesaria revisión para el pensamiento que se precie de ser de izquierda, razón demás para justificar este debate.

Rechazo de los dogmas

Sintetizando nuestras apreciaciones introductorias, diremos que rechazamos el tratamiento de los países de América Latina en un bloque. No encontramos que todos sus pueblos tengan hoy puntos en común que puedan desembocar en soluciones políticas similares, o justificar propuestas o modelos globalizantes. Tenemos dudas en reconocer como izquierda todas las fuerzas políticas que se proclaman como socialistas. Unas, las totalitarias, están mucho más cerca de la derecha autoritaria, que de muchas fuerzas que también se consideran socialistas. Otras, son de tal manera antimarxistas que quedan mucho más cerca del liberalismo con preocupaciones de justicia social. ¡Y esto cuando mucho! En cuanto a la crisis, consideramos que actualmente comenzamos a superar el oscurantismo en que nuestra historia, el estalinismo y la guerra fría nos sumergieron. Diríamos, tal vez más apropiadamente, que estamos mucho más extraviados que en crisis, si se asumen nuevos criterios para este concepto.

Para superar la larga crisis que vivimos, debemos reencontrarnos con los mejores valores de nuestra tradición, reapropiarnos de un ideario que se encuentra en la propia historia del socialismo. Por esta razón, pasaremos ahora a discutir algunos temas que están en las fuentes originales del socialismo y lo haremos, obviamente, y por coherencia con lo que se ha dicho más arriba, a partir de un enfoque brasileño y al mismo tiempo, universal, porque de valores y de ideas se trata. Corresponde al lector encontrar los puntos comunes con su propia realidad.

Diremos, inicialmente, que ser de izquierda implica el desarrollo de un pensamiento crítico. Esto quiere decir, sobre todo, el rechazo de los dogmas, la lucha contra los preconceptos y las verdades establecidas, dentro de una tradición racionalista que nos debería ser muy preciosa. Fuimos dogmáticos, muchos aún lo son. Ser críticos quiere decir también enfrentarse con la realidad, sin escamotearla. No se puede ser de izquierda, por lo tanto, sin poseer una apreciación realista y crítica de lo que son las sociedades de los países denominados socialistas. Este es un primer paso necesario que debemos exigírnos.

En el campo económico, sobrepasado el período de la posguerra, cuando los índices de crecimiento eran naturalmente elevados pues aquellos países partían de situaciones en que hubo devastaciones casi totales, las economías socialistas presentan actualmente signos de estancamiento, con tremendas dificultades en el sector agrícola, y no menores en el área industrial, donde aumentan continuamente las desventajas en comparación con las economías capitalistas, especialmente en el aspecto tecnológico.

Son los países socialistas los que adoptan modelos de desarrollo económico con un carácter reconocidamente basado en el consumismo del mundo occidental. Hace ya bastante tiempo que buscan la entrada en plenitud en la civilización del automóvil. Como consecuencia de esta política, estas naciones presentan hoy un endeudamiento en los bancos occidentales estimado en 70 billones de dólares, solamente en el área socialista europea, hecho impensable en el pasado, dada la idea de socialismo que teníamos entonces. El sueño kruscheviano de sobrepasar a los Estados Unidos y comenzar la construcción del comunismo en este siglo se dejó de lado y ni siquiera se le menciona por haberse convertido en una pretensión ridícula vista desde la perspectiva actual que la historia nos concede.

La crisis del socialismo

El pensamiento socialista con algún sentido crítico no puede dejar de reconocer que si hay crisis económica en el capitalismo, la cual es reconocida por sus propios defensores, no es menor la crisis del socialismo, que se hace menos productivo, menos competitivo y más dependiente cada día que pasa. No hay razón para no reconocer esta realidad. Observadas a partir de determinados aspectos, y desde la perspectiva brasileña, algunas de aquellas sociedades ya representan aspectos más "subdesarrollados" que países "en desarrollo", como el nuestro. Y no afirmaríamos que hay mayor dinámica económica allá que aquí...

Comparadas con las sociedades capitalistas avanzadas como lo hacen muy naturalmente los pueblos del Este europeo, las cosas asumen un carácter mucho peor.

En ambos campos hay crisis, pero hasta ahora ninguna sociedad desarrollada llegó a la escasez de artículos de primera necesidad como se llegó en Polonia, para citar un hecho reciente y aberrante (la izquierda dogmática, de corta memoria, quiere atribuir la crisis polaca a los sindicatos de Solidaridad, procurando hacer olvidar que la crisis económica precedió a la política y la engendró).

Pero si en Polonia la sociedad estalló, dada la propia gravedad de la crisis, no se debe eludir el hecho de que en las otras naciones socialistas existe una escasez crónica que se ha arrastrado por largo tiempo.

En el campo político e ideológico (y es sintomático que ya no nos refiramos más al "campo socialista" como hacíamos en el pasado) la crisis no es menor de la que

sufren las sociedades capitalistas. En estas sociedades las fuerzas progresistas buscan más justicia social, mejor distribución de la riqueza y la institucionalización de una mayor democracia. El movimiento social en su inmensa mayoría incluyendo a los sectores que rechazan por principio al capitalismo, procuran ampliar las conquistas históricas de las masas trabajadoras en estas sociedades, expandir las formas de participación social, crear nuevos canales institucionales que permitan cada vez un mayor compromiso de sus pueblos en las decisiones políticas.

Pero, lo que es importante en nuestra época - y señal de los tiempos -, es el reconocimiento de que la izquierda en estos países realiza sus luchas dentro de los marcos nacidos de las revoluciones liberales, de la "democracia burguesa" y que procura el socialismo aceptando muchos de los parámetros que tuvieron origen en una tradición revolucionaria que no es de origen socialista (ciertas izquierdas parecen pensar que la lucha por la libertad y por la igualdad sólo comienza en la humanidad después de la aparición del socialismo, así como la cultura y el pensamiento científico habrían comenzado con Marx y Engels).

El movimiento obrero occidental, por ejemplo no renuncia al derecho de huelga, que es negado a sus camaradas en el socialismo, ya que es suya la dictadura allí implantada. En el capitalismo europeo, los trabajadores consideran que esta fue una conquista duramente arrancada a la burguesía. Ni pretenden estos socialistas renunciar al derecho de información, objeto también de tremendas batallas por la libertad en la Historia y que aún hoy continúa bajo otras condiciones.

Es sintomático que una fuerza como el Partido Comunista Italiano, el mayor de occidente, rechace completamente hoy el modelo soviético y busque el socialismo como una prolongación de las conquistas democráticas populares y socialistas en el capitalismo a través de su historia.

No se puede decir lo mismo de las sociedades socialistas. Allí la crisis es mucho mayor, no sólo porque sus pueblos rechazan el modelo económico, dadas las dificultades que sufren producto de una obsoleta y rígida centralización estatal y de la falta de participación popular, sino que en muchos de estos países repudian el propio sistema político, que es visto como incapaz de autoformarse y proporcionar los cambios deseados dentro de los marcos institucionales establecidos. Polonia que es el fenómeno reciente, nos sirve de nuevo como un ejemplo que tiene características propias, pero no por ello menos incriminadora de los socialismo existentes.

Es hora de superar la visión metafísica del socialismo

Así, es tiempo de preguntarse: ¿es el "socialismo real" lo que la izquierda desea? ¿Se busca aún implantar el leninismo como forma de organización política de la sociedad con partido único y poder centralizado? Si no es así - y no creemos que

nuestros pueblos deseen la dictadura del proletariado, pues actualmente no existen ya ilusiones acerca de lo que ello significa -, es preciso asumir una posición crítica frente a aquellos regímenes, sin permitirnos tergiversaciones abusivas con propósitos de justificación.

Nuestras izquierdas habrían dado un paso importantísimo para salir más rápidamente de la crisis en que se encuentran si se aprestaran a reconocer los fenómenos históricos tal como ellos se presentan. ¡Es tiempo que superemos la visión metafísica del socialismo! ¡Es hora de dejarnos de hacer del socialismo una teleología donde las mayores monstruosidades practicadas en su nombre, se justifican como simples "desviaciones" que serán corregidas en la marcha demiúrgica de la Historia!

Es indispensable discutir los hechos de la historia del socialismo, especialmente aquellos que provocan dolor. Esconderlos no modifica la realidad. Esto implica, por ejemplo, perder el miedo a ser acusado de anticomunista. Pues la verdad es que al manifestarnos contra la invasión de Checoslovaquia o de Afganistán o de Cambodia o de Eritrea, estamos siendo muy **objetivamente** anticomunistas, en la medida en que estas acciones fueron perpetradas por fuerzas políticas y militares que se consideran comunistas. ¿O no?

Ser de izquierda hoy, y esto es lo mínimo que se nos exige, y debemos exigirnos nosotros mismos, es asumir con coraje la crítica de regímenes tantas veces monstruosos y esto no nos confiere ninguna originalidad. Muchos de nosotros lo hicimos desde los años veinte. Estos mismos regímenes, algunas veces, admiten sus barbaridades, y el informe presentado en el XX ° Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en 1956, no debería ser olvidado. Querer desconocer tales hechos, ignorar acontecimientos que de vez en cuando son publicados por la propia prensa, siempre oficial, de estos países, es querer vivir fuera de nuestro mundo actual.

Para el pensamiento que se considera de izquierda, no basta, sin embargo, el reconocimiento de estas realidades y el ejercicio de su denuncia. De la izquierda queremos una crítica que busque no solamente en la historia de aquellos países las causas de lo que actualmente son aquellos socialismos (estudio necesario, pero que tantas veces se ha utilizado para disculpar lo que se hizo), sino principalmente una revisión profunda de los principios que considerábamos universales. Pues es totalmente ilusorio querer achacar la responsabilidad del socialismo existente al hecho de que surgieron "errados", geográficamente, o en la historia. ¡NO!

Debemos comenzar por reconocer lo que está equivocado, aunque sea en los propios principios; admitir que los caminos recorridos fueron caminos trazados teóricamente y que radica en la teoría misma una enorme responsabilidad por las situaciones históricas producidas. El modelo de partido único, por ejemplo, fue impuesto en la Unión Soviética, pero también fue implementado contra la tradición

histórica de Checoslovaquia. Y la "vanguardia del proletariado" aún tiene muchos adeptos en nuestras sociedades.

De este modo, queremos decir que ciertos aspectos teóricos son responsables, mucho más que la historia particular de aquellos pueblos, por fenómenos que aparecieron indiscriminadamente en la geografía del socialismo, aquí y allá, en el pasado y en el presente. La eliminación de lo que está errado en el socialismo implica la revisión teórica de muchas premisas y principios que se consideraban intocables, como si estuviesen en un santuario.

Más aún afirmamos que solamente si asumimos una posición crítica universal, basadas en principios que ya fueron caros a la causa del socialismo en el pasado es como podremos ser respetados y tener credibilidad frente a nuestros pueblos en el momento en que denunciemos las bárbaras dictaduras en nuestra parte del mundo. No es posible tener credibilidad popular cuando defendemos el derecho del pueblo nicaragüense a decidir su propio destino, si callamos acerca del derecho del pueblo polaco. No es posible que se nos acepte cuando hablamos de la ingerencia imperialista en El Salvador si silenciamos sobre otra ingerencia imperialista en Afganistán.

Así, existe una necesidad de recuperar el internacionalismo con base en valores humanistas que abracen a toda la humanidad. No más un internacionalismo dirigido desde el exterior, como en los tiempos de la III Internacional, sino un internacionalismo verdaderamente universal de una solidaridad efectiva en favor de todos los pueblos oprimidos y explotados. Un internacionalismo que descarte el eurocentrismo del pasado, pero también el tercermundismo del presente.

Los peligros de la ideología tercermundista

Pues si el mundo ya no puede tener "solamente dos lados", el del socialismo y el del capitalismo, éste encarnando todo el **Mal** y aquél todo el **Bien**, tampoco la posición autónoma e independiente que necesitamos desarrollar, que sólo puede basarse en los valores de la **Libertad** y de la **Democracia**, puede apoyarse en ideologías geopolíticas como esta que enfrenta a los pueblos subdesarrollados contra las naciones desarrolladas: el tercermundismo.

El reciente episodio en torno de la posesión de las Islas Malvinas puede servirnos como ejemplo para discutir la ideología y las posiciones políticas tercermundistas, ilustrar su falta de preocupación por el problema de la democracia. Tales fuerzas decidieron apoyar a Argentina, basadas en el hecho aparentemente simple de que se trataba de una lucha contra el colonialismo inglés. Ahora bien, una cosa es encontrar que las Islas Malvinas deberían estar bajo la soberanía argentina, pero otra muy diferente es apoyar una posición militarista cuyas funestas consecuencias para el resto del continente y para el propio pueblo argentino eran fá-

ciles de prever, si el fenómeno se encara bajo la perspectiva de la democracia, de la paz que le es esencialmente necesaria y del antimilitarismo.

No fue por mera coincidencia que derechas nacionalistas agresivas de nuestro continente, especialmente aquellas que tienen reivindicaciones territoriales contra sus países limítrofes, fuesen las primeras en solidarizarse con los militares argentinos, como lo demostraron las actitudes asumidas por Perú y Bolivia. En este grupo también se incluye a la democracia cristiana venezolana, tal vez en una tentativa por capitalizar votos para las elecciones del próximo año. Así dentro de las posiciones nacionalistas que les son inherentes, estas fuerzas tercermundistas se pusieron en alianza con sectores chovinistas de la peor derecha. Pronto se olvidaron de los millares de "desaparecidos", de las madres de la Plaza de Mayo, de la dictadura contra la cual combatimos desde hace tiempo, tratando de aislarla mediante la organización de la solidaridad internacional.

Llegaron a justificar este "olvido" con el argumento de que la victoria militar por la posesión de las Malvinas abriría las puertas para la redemocratización del país argentino. La fragilidad de esta hipótesis no puede ser comprobada. Pero, en la derrota, aparecen exactamente indicios de la posibilidad opuesta, esto es que la victoria por las armas en las Malvinas traería, ello sí, el fortalecimiento del poder militar. Independientemente de la lógica de este razonamiento, no se consideran para nada los altos costos que deberá pagar el pueblo argentino por la aventura chovinista del régimen militar, además de las vidas sacrificadas. Y es fácil de conjeturar que el precio sería mucho mayor para todos nosotros en caso de la victoria del régimen militar argentino. Pues, no es necesario ser especialista en problemas internacionales para imaginarse cual sería el futuro de la disputa sobre el Canal de Beagle... Lo concreto es que un alto costo pesa ya sobre los pueblos latinoamericanos como consecuencia de la guerra de las Malvinas; la "necesidad" de rearme de las fuerzas armadas del continente.

La guerra de las Malvinas engloba factores internacionales y nacionales muy complejos, y de ello estamos conscientes. Pero este no es un artículo sobre este hecho histórico. El argumento anticolonialista fue un aglutinador de las fuerzas políticas más contradictorias. Para un pensamiento de izquierda, dentro de la complejidad del fenómeno, él no es suficiente. La Inglaterra de Wiston Churchill no era menos colonialista que la Inglaterra de Margaret Thatcher. Y no por ello dejamos de apoyarla con todas nuestras fuerzas en su lucha contra el nazi-fascismo. Lo mismo no se puede decir, por cierto de los militares argentinos, los cuales simpatizaban abiertamente con el nazismo y no llegaron a establecer de una manera más concreta este apoyo en virtud tal vez de la posición geográfica de la Argentina.

La ideología tercermundista, que procura reducir todo a la contradicción subdesarrollo-explotación imperialista, encubre posiciones totalitarias del socialismo que hoy se avergüenzan de presentarse como estalinistas. Recomienda alianzas políticas de lo más espúreas con títeres reconocidos, rehusa entregar solidaridad

internacional a pueblos tan oprimidos y explotados como lo eran bajo el yugo colonialista. La figura del dictador Amin Dada fue ejemplar, y tantos otros aún continúan en el poder en sus países, solicitando y recibiendo apoyo de estas fuerzas políticas que se aglutinan bajo el tercermundismo. La lucha por la democracia y por un socialismo democrático no separa a los pueblos del mundo en buenos y malos, como trataron de hacer el maoísmo de comienzos de los años 60, y la teoría cubana del foquismo, cuando "el campo debía cercar a la ciudad". El tercermundismo es un sustituto de estas visiones simplistas.

Una izquierda que coloque la democracia como su valor máximo, como el criterio fundamental para su toma de posiciones, reconoce la importancia de las luchas de los pueblos por la democracia y por el socialismo democrático en todas las partes del mundo. Retorna a un internacionalismo que tiene origen en las mejores tradiciones del pensamiento socialista; vuelve a ser universal. Pero un internacionalismo y un universalismo que respete ahora estas particularidades nacionales y con ello se enriquece con las más diversas experiencias de la humanidad.

La limitada extensión de un artículo me impide abordar tantas otras cuestiones que el tema sugiere. Nada dije sobre principios de política nacional, y muchos otros acerca del ámbito internacional quedaron fuera. Traté un poco de la crisis de la izquierda, pero ello debería ser estudiada en confrontación también con la crisis de la derecha y, mucho más importante aún en nuestros tiempos, con la crisis extremadamente profunda de nuestro modelo de civilización, de lo que solamente ahora comenzamos a darnos cuenta, y que engloba tanto al capitalismo como al socialismo ya que ambos son frutos de raíces históricas comunes.

Este es un debate que estará cada vez más presente y lo importante es **que la izquierda continúe siempre en crisis**, esto es, siempre cuestionándose, siempre revisándose, siempre ejerciendo aquel pensamiento crítico que le debería ser propio, y que ella abandonó por un largo período, dedicándose a prácticas totalitarias y dogmáticas.